

Hacia una definición del eurocomunismo, entre el mito y la realidad.

Andrea Donofrio

Fundación Ortega-Marañón

Fecha de aceptación definitiva: 13 de junio de 2014

Resumen: En los años setenta, el eurocomunismo se postuló como una interesante novedad política, aunque su definición no resultaba tarea fácil. Algunos lo veían como una nueva esperanza para la izquierda, otros como una “trampa del comunismo de siempre”, y los menos como “el verdadero marxismo para la sociedad actual en Europa”. A tantos años de distancia cabe preguntarse qué fue en realidad. Aunque resulta difícil ofrecer una respuesta unívocamente aceptada, este artículo se propone dar una definición satisfactoria y completa del eurocomunismo, considerando necesario reflexionar sobre lo que realmente fue, y no sobre lo que pudo haber sido.

Palabras clave: Eurocomunismo, comunismo, España, Italia, izquierda.

Abstract: In the seventies, Euro-communism appeared as an interesting political novelty, although its definition was not easy. Some considered it as a new hope for the left, other like “a usual trap of communism” or “a fit genuine Marxism for contemporary society in Europe”. Many years later, it still looks like valid to ask what it was truly. Although it is difficult to offer a univocally accepted answer, this article aims to provide a satisfactory and comprehensive definition of euro-communism, considered necessary to think on what it really was, rather than in terms of what might have been.

Key words: Euro-communism, communism, Spain, Italy, left.

El eurocomunismo surgió en medio de una crisis general tanto en el mundo capitalista como en el socialista; se propuso abordar el tema de la transición y la llegada a un régimen socialista como revolución democrática, intentando planear una transformación de la sociedad basada en la “modificación cualitativa de las relaciones entre el consentimiento y la coacción”¹. Respecto al “asalto al Palacio de Invierno”, el eurocomunismo buscaba una nueva estrategia, de conquista gradual y pacífica del poder político, mucho más acorde con la complejidad de las transformaciones sociales que se habían verificado desde finales de los años sesenta.

Durante sus primeros años, la prensa y la opinión pública trataron el fenómeno eurocomunista con fascinación y entusiasmo, con la “creencia de que se desplegará como una epidemia benévola que los librerá [a los partidos comunistas de Europa occidental] del Imperio Soviético (...). Hábil, ingenioso, persuasivo, es un programa a escala continental”². Se creía que el eurocomunismo representaba la “opción posible” para poder aspirar legítimamente al poder. En marzo de 1977, en la televisión de Alemania occidental, el escritor y político yugoslavo, cercano al mariscal Tito, Milovan Djilas definía el eurocomunismo como “el acontecimiento más significativo ocurrido en Europa desde la guerra fría”, añadiendo: “el eurocomunismo ha creado una situación en la que no es posible dar marcha atrás”. Se consideraba que el proyecto renovaba todas las ilusiones, representando la “posible encarnación histórica de una gran esperanza: el socialismo en libertad”, la esperanza de aquellos que creían que “socialismo y democracia eran indisolubles”³. Para el Profesor Timmermann, uno de los más acreditados *kremlinólogos* alemanes, “el fenómeno constituye uno de los más fascinantes capítulos de la historia del movimiento obrero de la posguerra y, en general, de la historia europea posbélica”⁴. Por su parte, en una entrevista al semanario *Opinión*, el economista y político español Ramón Tamames afirmó que la palabra eurocomunismo estaba destinada a tener el mismo éxito, “valor histórico y simbólico”, que tuvieron las expresiones “telón de acero” y “guerra fría” acuñadas por Churchill y Lippmann en 1945⁵. En fin, fue común en la prensa de la época afirmar que se trataba de la “mayor novedad” histórica y geopolítica tras la Conferencia de Yalta.

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre el eurocomunismo, partiendo de las diferentes definiciones que se dieron al proyecto. Al mismo tiempo, se analizará brevemente en qué consistió el fenómeno eurocomunista, intentando

¹ “Gramsci y el P.C.I.: entrevista con Norberto Bobbio”, en el libro AA. VV: *Gramsci y el Eurocomunismo*, Barcelona, Editorial Materiales, 1978, p. 81.

² *The Daily Telegraph*, 15-X-1976.

³ Entrevista del 2 de marzo de 1977. En esa misma entrevista Djilas criticó la burocracia comunista yugoslava.

⁴ El texto original, como en otras citas, está en italiano: traducción realizada por el autor del artículo. SPADAFORA, A. (ed.): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*, Bellinzona, Casagrande, 1978, p. 25.

⁵ *Opinión*, Madrid, febrero 1977.

responder a la pregunta –aún actual– de si se trató de una estrategia oportunista o de una mera táctica. A través de un análisis crítico, se pretende demostrar que no existe una única definición del fenómeno, sino que se dieron una serie de afirmaciones incompletas que confirman que el eurocomunismo fue un poco de todo y de nada, fue sensación y polémica: la idea osciló de ser un proceso que respondía a la crisis del marxismo, a tratarse de una maquiavélica táctica para confundir al adversario. Ni una cosa ni la otra, o quizás, por obra de la lógica de la historia, ambas cosas a la vez.

El análisis se centra especialmente en los años setenta como referencia cronológica, siendo esta década crucial, ya que por un lado decreta el fin de una época iniciada en 1945, y por otro, señala el inicio de una nueva etapa marcada por la crisis de las ideologías, especialmente de izquierdas. El análisis del fenómeno eurocomunista no puede ser extrapolado del contexto en el que los Partidos Comunistas de Italia, Francia y España operaron, ya que la evolución teórica y la estrategia que adoptaron fueron consecuencias de la situación nacional e internacional en la que desarrollaron su actividad política.

La metodología que se ha utilizado a lo largo de este trabajo se basa en diferentes tipologías de fuentes: por un lado, las fuentes primarias y documentos directos, es decir los documentos de archivo y los programáticos de los partidos integrantes del proyecto eurocomunista; por otro lado, los discursos, los informes, las intervenciones y los escritos de los principales líderes, publicados en la década de los setenta. Y, finalmente, los libros, revistas especializadas, publicaciones de partidos, intervenciones de diferentes líderes políticos y manuales.

Alguna definición

El eurocomunismo fue el fruto de un progresivo reconocimiento de la centralidad de los valores democráticos, de la necesidad de superar los límites y las contradicciones de la sociedad contemporánea, conjugando la tradición democrática y el socialismo. No obstante, la indeterminación teórica del proyecto hizo que fueran formuladas varias definiciones, donde cada una de ellas aportaba algo más, aclaraba algún punto, pero finalmente resultaba incapaz de definir plenamente un fenómeno tan complejo.

Tanto políticos como académicos y periodistas intentaron dar una definición del proyecto eurocomunista poniendo de relieve, dentro de su complejidad, algunos de los aspectos del mismo. Reagruparemos las definiciones que se dieron en aquellos años, diferenciando posteriormente en el análisis las valoraciones académicas de las opiniones políticas.

Encontramos, en primer lugar, algunas definiciones del eurocomunismo que ponen el acento en su condición de alternativa a los modelos existentes, considerando las condiciones de los países participantes en el proyecto. Era opinión di-

fusa que el eurocomunismo pudiese representar la “única alternativa real y viable para avanzar hacia el socialismo en el mundo desarrollado”. Así, para el intelectual marxista José María Vidal Villa, el eurocomunismo era portador de un “proyecto de sustitución del capitalismo privado por una nueva sociedad de clase de tipo soviético”⁶. Y para el militante comunista Mateo Balbuena, se proponía ser “teoría y práctica de la sociedad capitalista avanzada, praxis del socialismo en libertad (...). El eurocomunismo, el socialismo de los tiempos de la plusvalía relativa en los países capitalistas (...) puede y debe ofrecer la alternativa que el presente desarrollo de las fuerzas sociales en el seno del sistema capitalista está demandando. Una alternativa que debe y tiene que conllevar las premisas para la superación de la alienación del hombre”⁷.

En la misma línea, se consideraba el eurocomunismo como “la respuesta de los partidos comunistas a la crisis capitalista y a la sociedad neocapitalista”. Por su parte, Francisco Díez del Corral advertía que podía convertirse en la última coartada de la lógica neocapitalista, recordando el peligro de este mismo sistema, su capacidad “de inclusión para asumir primero y utilizar después todo aquello que le *contesta*”⁸. Y añadía que sólo si el eurocomunismo fuera capaz de rechazar la cultura y la racionalidad neocapitalista, podría “evitarse el riesgo de que llegue a convertirse en el último y definitivo ‘invento’ del neocapitalismo: la válvula de seguridad necesaria para que ya nadie cambie nunca. La alternativa neocapitalista a la crisis del socialismo”⁹. Se trata de una opinión escrita durante los años eurocomunistas, que demostraba la extrema desconfianza de una parte de la izquierda respecto al sistema capitalista, al mismo tiempo que subrayaba su capacidad de “englobar” a los enemigos¹⁰. No obstante, en este punto, en la relación entre el eurocomunismo y el mundo capitalista, encontramos uno de los límites del eurocomunismo: su incompreensión del capitalismo y la eterna esperanza de que pudiera caer “por sí solo”. Los partidos comunistas creyeron que se acercaría el momento en que el capitalismo se derrumbaría, considerándolo tan “inevitable” como lo era la victoria del socialismo. No entendieron que “el moribundo no muere y más bien en cada aparente recaída vuelve a aparecer y se expande...”¹¹. De hecho, los partidos eurocomunistas subestimaron la habilidad y la destreza

⁶ VIDAL VILLA, J. M.: “Eurocomunismo y nueva sociedad de clase”, *El Viejo Topo*, número 11, Madrid, agosto 1977, pp. 17-21.

⁷ BALBUENA IGLESIAS, M.: *El porqué del Eurocomunismo*, Zaragoza, Forma Ediciones, 1978, pp. 174-175.

⁸ DÍEZ DEL CORRAL, F.: *Liberación o barbarie*, Madrid, Editorial Cambio 16, 1977, p. 64.

⁹ *Ibidem*, p. 75.

¹⁰ Conscientes de este peligro, los propios exponentes eurocomunistas afirmaban: “La nuestra es una vía democrática de avance al socialismo, no de conservación del capitalismo”, “El Eurocomunismo: una realidad, una esperanza”, en *Mundo Obrero* (10-III-1977).

¹¹ BOBBIO, N.: *Las ideologías y el poder en crisis*, Barcelona, Ariel, 1988, pág. 126.

del capitalismo para adaptarse a los cambios, *aggiornarsi* a las nuevas condiciones, al mismo tiempo que sobrevaloraron al socialismo, considerando próximo su triunfo. Se trata de un punto muy importante, sobre todo si tenemos en cuenta que el eurocomunismo económico recibió muchas críticas, al considerar que sus propuestas en política económica no profundizaban en los problemas planteados por la economía capitalista y, según destacados analistas económicos de entonces, las soluciones propuestas parecían más sanear el capitalismo que acabar con él. A este respecto, especialmente crítico fue el economista belga Ernest Mandel al considerar que la política económica del eurocomunismo (y sobre todo la del PCI) era “una pura y simple repetición del proyecto socialdemócrata clásico, formulado por el dirigente sindicalista alemán Tarnow durante la gran crisis de 1929-1932: convertirse en médico a la cabecera del capitalismo enfermo”¹².

Volviendo a las definiciones del eurocomunismo, el observador político norteamericano William Griffith consideraba que “el eurocomunismo resulta (...) un fenómeno característico de la evolución de los partidos comunistas en todas las sociedades industriales avanzadas; encuentra su núcleo en Europa Occidental, donde desarrolló sus rasgos más sobresalientes, pero los mismos casos, las mismas tendencias se dan en otros lugares. En realidad, incluso la Primavera de Praga en 1968, puede considerarse como un experimento eurocomunista, aunque efímera y condenada al fracaso”¹³. Esta definición tiene el mérito de subrayar uno de los posibles antecedentes del eurocomunismo, los acontecimientos de Checoslovaquia. La primavera de Praga señaló el agudizarse de la crisis del modelo único y del partido-guía, generando una reacción enérgica de los partidos comunistas dictada no tanto por oportunismo sino por una necesidad objetiva de reflexión. La diáspora ideológica y estratégica que provocó la intervención soviética no representó la causa fundamental de la crisis de la hegemonía del Kremlin, pero no cabe duda que puso de relieve un malestar y una insatisfacción latente y generalizada. Ya desde hacía tiempo, los líderes de varios partidos comunistas advertían la necesidad de apartarse de la órbita soviética y de poseer mayor autonomía¹⁴, sobre todo a nivel de organización nacional. Las críticas posteriores a esta intervención (especialmente las de los partidos comunistas occidentales) eran animadas por una doble finalidad: en primer lugar eran funcionales, útiles en el intento de bo-

¹² MANDEL, E.: *Crítica del eurocomunismo*, Barcelona, Fontamara, 1982, pp. 189 y 192.

¹³ Traducción del autor del artículo. SEGRE, S.: *A chi fa paura l'Eurocomunismo?*, Firenze, Guaraldi editore, 1977, p. 172.

¹⁴ A mitad de los años cincuenta, Palmiro Togliatti forjó el concepto de “*policentrismo*”, expresión menos ortodoxa de eurocomunismo, que, sin embargo, según varios historiadores, constituye un antepasado suyo, ya que tenía el mismo objetivo de “desmarcarse” de la política exterior soviética, reclamando mayor autonomía. El concepto, que abrió el camino a varias fuerzas centrifugas en contra de la hegemonía del PCUS, permitió al comunismo europeo occidental moverse con mayor libertad, evitando el rígido control y el dirigismo directo de Moscú.

rrar el estigma totalitario del comunismo feroz que persistía aún en el ánimo de parte de la ciudadanía; y, en segundo lugar, servían para impulsar la idea de una posible vía pacífica al comunismo.

Para el periodista y político italiano Enzo Bettiza, el eurocomunismo “representa, hasta ahora, una potencialidad más que una realidad cismática, una táctica flexible de acceso al poder (...). En términos políticos, un fenómeno en estado latente que no puede tener todavía un valor fiable y probatorio para el futuro”. Y añadía con una cierta clarividencia, si tenemos en cuenta el sucesivo desarrollo del eurocomunismo: “quizás algún día será necesario explicar el misterio de las ininterrumpidas involuciones comunistas como una cadena de grandes temores, de pesadillas tomadas por realidad y de realidad tomada por pesadillas, de incapacidad congénita, cínica y desesperada juntos, para ver cómo la historia se mueve empujada por otras fuerzas que no son la violencia, la fuerza, la angustia, la traición, el engaño”¹⁵. El mismo Bettiza indicaba que la novedad del eurocomunismo consistía en el intento de unir el pragmatismo y la revolución: “el elemento distintivo de su idea del socialismo, que une el pragmatismo de las socialdemocracias occidentales con el idealismo revolucionario que aquellos habían perdido”¹⁶. Se trata de una serie de frases escritas cuando el proyecto daba sus primeros pasos que denotan por un lado la desconfianza y la cautela respecto al mismo; y, por otro lado, la idea de que se trataba de un “tercer camino”, alternativo tanto a la socialdemocracia como a la revolución.

La idea del eurocomunismo como una posible “tercera vía” fue frecuente en aquellos años, ya que se consideraba que el proyecto no quería ser “ni como el comunismo oriental ni tampoco como la socialdemocracia occidental”, anhelando representar algo diferente del modelo leninista o del socialismo reformista. Sin embargo, la representación del eurocomunismo como tercera vía no convencía a muchos y generó encendidas críticas de cuantos consideraban que comunismo había “uno y uno solo” y de otros que exhortaban al proyecto a mostrar mayor claridad, detallando los términos. Entre tantas, escribía Bobbio metafóricamente: “el comentario más ingenioso sobre la tercera vía lo leí en una carta a *L'Espresso* hace algún tiempo. En ella se hablaba (cito de memoria) de una princesa caprichosa que a toda costa quería un unicornio para el serrallo real. En vano un anciano padre se dedicó a explicarle que existía el león, animal feroz y terrible, y el caballo, animal bello y tierno, pero un animal que tuviera la cabeza de león y cola de caballo nunca había existido. Obstinada, la princesa trató de conjugar a los dos animales hasta que el caballo fue despedazado por el león”. Y añadía: “creo que

¹⁵ Traducción del autor del artículo. BETTIZA, E: *Il comunismo europeo. Una verifica critica dell'ipotesi eurocomunista*, Milano, Rizzoli, 1978, p. 127.

¹⁶ Traducción del autor. LUSSANA, F.: “Il confronto con le socialdemocrazie e la ricerca di un nuovo socialismo nell'ultimo Berlinguer”, *Studi Storici*, anno 45, aprile-giugno (2004), p. 471.

tenía razón el padre de la princesa caprichosa cuando sostenía que el unicornio no existe, y que se trata de elegir entre el león y el caballo. Personalmente, prefiero el caballo”¹⁷.

Especialmente crítico resultó el profesor Ludolfo Paramio que, desde la perspectiva de la socialdemocracia, afirmaba que “el marxismo latino era la religión, la ideología milenarista que legitimaba la práctica política de unos Partidos Comunistas confinados a un gueto contracultural hasta los años 70. El eurocomunismo fue un intento tardío de secularización. Su fracaso en el intento de combinar la evolución hacia el reformismo ideológico con el mantenimiento de las señas de identidad heredadas, fracaso que se traduce en la ausencia de resultados políticos inmediatos y en graves crisis organizativas -con la excepción del PCI- vino acompañado del derrumbamiento del marxismo latino como ideología. Al igual que tantos movimientos de modernización, el eurocomunismo no consiguió crear un mundo nuevo pero destruyó el antiguo: la crisis del marxismo latino es la historia de un intento de reforma religiosa que fracasa en su tarea de adaptar las viejas creencias al nuevo mundo, y en su fracaso arrastra a la fe heredada”¹⁸. En una forma de escribir hasta *mística*, construye una visión muy crítica del fenómeno, que, pese a no ser capaz de prever que la crisis hundiría también al Partido Comunista italiano, pone de manifiesto que el fracaso del eurocomunismo llevaba a cuestionar la vida de los partidos de extrema izquierda en los países donde se gestó el proyecto.

Entre tantas definiciones de eurocomunismo publicadas o que aparecieron en periódicos, revistas y libros sobre el tema, podemos destacar una por cada país que, inicialmente, se adhirió al proyecto: en Italia, en 1978, el periodista Antonio Rubbi definía al eurocomunismo como “simplemente, pero significativamente, un conjunto de ideas y objetivos sobre los cuales se ha constatado una convergencia política, que no anula los rasgos específicos de las vías nacionales al socialismo ni la autónoma elaboración por parte de cada partido, sino más bien que mueve del reconocimiento que, a pesar de la existencia de diferencias entre los países de Europa occidental, no hay ni uno solo en el que la política del movimiento obrero se aleje de ciertos rasgos comunes, característicos de una estrategia de efectivo avance hacia el socialismo en todo el occidente europeo”¹⁹. En Francia, el 20 de junio de 1976, Jean-François Revel, periodista de *L'Express*, describía los tres componentes principales de la nueva “doctrina”: “la independencia de las vías nacionales de los distintos partidos comunistas con respecto a la URSS; la acepta-

¹⁷ BOBBIO, N.: *Las ideologías y el poder en crisis*, pp. 141 y 145.

¹⁸ PARAMIO, L.: *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, Madrid, Siglo XXI de España, 1988, p. 23.

¹⁹ Traducción del autor. RUBBI, A.: *I partiti comunisti dell'Europa occidentale*, Milano, Teti, 1978, p. 25.

ción de la democracia pluralista como sistema de política interior; la elaboración de una doctrina autónoma de los partidos comunistas de Europa occidental, de la que depende una coordinación de sus líneas políticas”²⁰. Y en España, Fernando Claudín, uno de los pensadores más considerados de la izquierda española, afirmaba que “el eurocomunismo es la expresión de una evolución creciente de los Partidos Comunistas en los países de capitalismo maduro”.

Pasando a los análisis surgidos de medios políticos, para Aingeru Lanegi (uno de los autores del libro *Eurocomunismo y Euskadi*), el eurocomunismo era más una intuición que una teoría política desarrollada, afirmando: “en su punto de partida está una aplicación creadora y no dogmática del marxismo a las propias realidades nacionales...”, añadiendo que el eurocomunismo “subraya de hecho, de forma prácticamente exclusiva, la importancia de las elecciones y de las instituciones de democracia representativa, en detrimento de las formas de democracia de base y de la hegemonía en el tejido social”²¹. El político comunista italiano Sergio Segre sostenía que “este fenómeno del eurocomunismo no nace de la ambición abstracta, sino de las necesidades concretas. Con este fenómeno, queremos dar una respuesta a nuestros problemas, a la crisis que aflige tanto a nuestro país como a todos los demás de Europa Occidental, para evitar que se busque una salida en posibles soluciones conservadoras, reaccionarias y autoritarias (...). [El eurocomunismo] es un fenómeno político real, que provoca dudas, controversias, reacciones, y también contrasta debates teóricos y de las relaciones políticas entre los partidos comunistas”²². Es evidente que, pese a reconocer las dificultades del proyecto, Segre defendía su necesidad, considerando el eurocomunismo como la vía posible para solucionar la grave crisis de los años setenta y ofrecer una nueva salida.

Para el ex Secretario del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), Antoni Gutiérrez Díaz, “el eurocomunismo es una política no reformista, sino transformadora. Por esto también es necesario convertirlo después en actividad política concreta. De aquí nace la gran importancia de poner en un primer plano la vía participativa y ver las instituciones no sólo como la presentación de la voluntad democrática que se expresa en un momento de votación, sino como vías de participación constante, y por tanto de lucha. De ahí la importancia de la consecución de parcelas de poder en las instituciones para poder avanzar en la

²⁰ *L'Express* del 20 de junio de 1976: en el mismo artículo el autor subrayaba cómo estos tres elementos no son inseparables ya que tres países que se habían distanciado radicalmente de Moscú —Albania, China y Rumania— eran estados totalitarios y policíacos: “la idea de una vía nacional independiente de Moscú no representa una novedad si no se asocia a la del pluralismo democrático”.

²¹ LANEGI, A. et al.: *Eurocomunismo y Euskadi: crítica a un debate*, San Sebastián, L. Haranburu, 1977, pp. 30 y 31-32.

²² SEGRE, S.: *A chi fa paura l'Eurocomunismo?*, pp. 35-36.

práctica hacia una actividad profundamente transformadora”²³. Se trata de unas palabras que hoy suenan modernas, ya que tienen en cuenta la actual demanda de mayor participación ciudadana más allá del momento electoral. Sin embargo, el eurocomunismo no supo convertirse en actividad política concreta ni prever una mayor participación de los militantes en la vida de partido.

Una definición difícil

La dificultad de presentar una definición única y clara del eurocomunismo deriva también del hecho de que tanto el nombre del proyecto como su origen resultaron controvertidos y contrastados. Por un lado, se ha considerado el término como incorrecto. La palabra eurocomunismo representó un neologismo cautivador pero desafortunado, que empezó a difundirse con cautela en el lenguaje político en la primera mitad de los años setenta. Cautivador en cuanto el término contenía la profunda aspiración de que “en los Países del Europa occidental se consoliden y avancen soluciones nuevas en la transformación de la sociedad en el sentido socialista”²⁴. Desafortunado desde el punto de vista lingüístico, en cuanto que el nuevo vocablo no parecía tener en cuenta dos factores importantes: en primer lugar, los países del Este, donde los comunistas estaban en el poder, eran tanto europeos cuanto distantes de los planteamiento del nuevo fenómeno; en segundo lugar, las concepciones del partido comunista japonés²⁵ y, en cierta medida del australiano también, eran muy similares a las de los partidos comunistas europeos. Finalmente, la cautela dependía de que el neologismo no se presentara como ortodoxo, *olía* a herejía: de hecho, los líderes comunistas deletreaban con circunspección la palabra cada vez que la utilizaban o la aprisionaban entre comillas cada vez que la escribían, negándole el carisma de la legalidad, deseosos de no envenenar sobremanera las relaciones con la “iglesia moscovita”. El caso de Carrillo resulta singular: si en un primer momento rechazó abiertamente la palabra, terminó por abanderarla (como confirma el título de su libro *Eurocomunismo y Estado*²⁶), aunque probablemente por razones de cálculo político: “era muy consciente del valor propagandístico de una palabra tan moderna y tan poco

²³ LÓPEZ RAIMUNDO, G. y GUTIÉRREZ DÍAZ, A.: *El PSUC y el eurocomunismo*, Barcelona, Ed. Grjalbo, 1981, p. 127.

²⁴ Discurso pronunciado por Enrico Berlinguer, en la Conferencia de los Partidos Comunistas europeos, celebrada en Berlín, el 29 y 30 de junio de 1976.

²⁵ El propio Carrillo afirmaba: “el término es desafortunado. No existe un eurocomunismo, porque partidos comunistas no europeos, como el japonés, no pueden ser incluidos en esta denominación”. Para luego matizar: “Sin embargo, es evidente que los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados (...) nos enfrentamos a una problemática peculiar, exigencias específicas del desarrollo de la lucha de clase en nuestros ámbitos, que nos llevan por vías y a formas de socialismo que no van a ser exactamente las mismas que en otros países. Es un hecho objetivo que tenemos que asumir”. Suplemento de *Mundo Obrero*, (14-VII-1976).

²⁶ CARRILLO, S.: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Editorial Crítica, 1977.

rusa”²⁷. Pese a que los líderes eurocomunistas negasen su paternidad y lo utilizarasen con “cuentagotas”, el término alcanzó un gran eco en todo el mundo, llenando periódicos y animando las Conferencias internacionales. A coste de la exactitud y rigor semántico, la nueva palabra compuesta consiguió teñir de modernidad y atractivo un concepto como el comunista en decadencia, generando un gran interés alrededor del fenómeno.

Y, por otro lado, no parece tarea fácil establecer una fecha concreta de nacimiento del eurocomunismo, un momento puntual de ruptura, sino que más bien se trató de un proceso que empezó en diferentes momentos y se prolongó por varios años. La dificultad de establecer una fecha precisa y la consecuente necesidad de fijar diferentes momentos o acontecimientos en el surgimiento del fenómeno eurocomunista son consecuencias de la presencia de múltiples explicaciones sobre la causa y razón del nacimiento-formación del eurocomunismo. La falta de unanimidad sobre este dato supone la formulación de diferentes hipótesis y al desarrollo de muchas teorías, a veces contradictorias entre ellas. Aun así, no cabe duda que en los años setenta “el eurocomunismo constituye una realidad indiscutible, por muy discutible que pueda ser su denominación”²⁸. Más allá de su acepción geo-cultural, se trataba de designar con el término eurocomunismo un hecho, un orden teórico, ideológico y político. Asimismo, la dificultad de fijar una fecha de nacimiento corresponde a la complejidad y variedad de explicaciones sobre las causas de su formación. El eurocomunismo no fue una variante o un modelo regional de socialismo²⁹ que sobrealzaba las especificidades de las situaciones nacionales; tampoco fue la creación de un nuevo centro organizativo del movimiento comunista internacional, un nuevo *cisma*, parecido a lo que hicieron Tito o Mao. El eurocomunismo pretendía ser el reconocimiento de una valoración convergente de los problemas de la democracia y del socialismo. En sus principales rasgos, el eurocomunismo fue el intento de crear un modelo de socialismo correspondiente a las características del occidente y, por tanto, un tipo de estrategia revolucionaria nueva.

No obstante, nadie podía negar su existencia aunque la mayoría de las veces se le definía “en negativo”, en oposición a la URSS y a la socialdemocracia: “a base de no aceptar la posición soviética, se está aceptando el Eurocomunismo. Se le está erigiendo en una vía incuestionable hacia el socialismo”³⁰. Se consideraba que lo más evidente de este nuevo proyecto no era lo que proponía, sino lo que

²⁷ PRESTON, P.: *El Zorro Rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013, p. 304.

²⁸ SOTELO, I.: *El socialismo democrático*, Madrid, Taurus, 1980, p. 88.

²⁹ Como declaraba Georges Marchais en una entrevista a *L'Humanité*: “No hay, no puede haber, está totalmente excluido el hecho de que el movimiento comunista se remita a un centro de cualquier tipo, ya un centro mundial, ya un centro regional” (14-II-1977).

³⁰ RODRÍGUEZ, M.: “Eurocomunismo y economicismo”, en G. Albiac, y otros: *Debates sobre el eurocomunismo*, Madrid, SAIDA, 1977, p. 119.

pretendía rechazar: “Lo más definitorio de esta vía se hace precisamente más por lo que rechaza que por lo que propone. La vía democrática se define sobre todo por oposición tanto al modelo seguido en la Unión Soviética y las democracias populares, como al modelo socialdemócrata”³¹. En Italia, argumentaban que “el fenómeno que se conoce como eurocomunismo encuentra su propia individualidad no sólo en positivo, en propuestas político-culturales nuevas y originales, sino también en negativo: es decir, se habla de eurocomunismo para destacar los puntos en los que difiere del comunismo de Moscú. Así que podemos decir que con esa etiqueta se suele indicar a los partidos comunistas que han criticado de diferentes maneras la política del Kremlin, que han recusado el modelo de la sociedad soviética, que han declarado su aceptación del pluralismo”³². Y en la misma línea, Silvio Leonardi, economista y ex diputado del PCI durante varios años, afirmaba que el eurocomunismo “expresa, aunque ‘en negativo’, una expectativa generalizada de búsqueda de soluciones socialistas de un nuevo tipo, no sólo para introducir una nueva relación entre el socialismo y la democracia, sino también para contribuir a un arreglo diferente de esta relación”³³.

Como se ha podido apreciar en el anterior apartado, en términos generales, se dieron dos tendencias: por un lado, aquellos que consideraban al eurocomunismo como alternativa al orden existente y camino viable para alcanzar una nueva sociedad y, por lo tanto, trataban el fenómeno de forma positiva, esperanzadora e, incluso, halagadora. Y por otro lado, hubo muchas definiciones o afirmaciones críticas que resaltaron determinados aspectos negativos del proyecto, al tiempo que confirmaban una de las principales limitaciones del fenómeno eurocomunista: la falta de una teoría novedosa, bien argumentada y sólida. Efectivamente, no bastaba con la pretensión de ser alternativos a los modelos vigentes, con declararse portadores de un modelo nuevo: había que definir en qué consistía esta alternativa, aclarar su programa y el camino a seguir. Por eso una de las causas del fracaso del eurocomunismo fue la ausencia de una fundamentación teórica sólida, que favoreció la acusación de *tacticismo* o pragmatismo.

No fue así y podemos considerar la falta de claridad, de un programa detallado, de una respuesta novedosa frente a una situación difícil como uno de los elementos que perjudicaron el desarrollo de este proyecto político: en diferentes ocasiones, los eurocomunistas declararon su deseo de solucionar la grave crisis con la construcción de una nueva sociedad. Sin embargo, pese a ofrecer un listado con los rasgos de esta nueva sociedad (pluralismo, defensa de las libertades,

³¹ SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, J.: “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982”, *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, Madrid, FIM, 2004, p. 41.

³² SPADAFORA, A. (ed.): *Eurocomunismo: sfida all'Europa*, p. 54.

³³ Traducción del autor. LEONARDI, S.: *L'Europa e il movimento socialista*, Milano, Adelphi, 1977, p. 163.

sufragio universal...) que anhelaban, su exposición ponía de manifiesto dos puntos débiles: por un lado, no se indicaba el camino a seguir, no había propuestas constructivas, sino una lista de elementos a implementar en el camino hacia el socialismo. Y, por otro lado, muchos de estos elementos estaban ya presentes desde hace varias décadas, en la “democracia burguesa” de los “países capitalistas” sin representar la respuesta a la crisis.

En este punto es importante subrayar que el eurocomunismo fue sobre todo una consecuencia de la crisis político-económica de los setenta y de los ochenta. El eurocomunismo surgió como consecuencia de una doble circunstancia: por un lado, la crisis económica que afectaba a los países de la Europa occidental tras el prolongado periodo de desarrollo económico posterior a la Segunda Guerra Mundial³⁴; y, por otro lado, el desarrollo socio-económico de la URSS que empezaba a evidenciar sus límites. Estas condiciones invitaban a los Partidos comunistas de la Europa meridional a cuestionar el sistema y proponer una nueva estrategia política para alcanzar el poder. Además, en Italia, España y Francia, la profunda crisis económica y social se combinaba también con la crisis del sistema político, democristiano, franquista o “gaullista” respectivamente: parecía posible que las fuerzas de izquierda pudiesen convertirse en las mayoritarias y hegemónicas. En estos países, el Partido Comunista era el componente esencial de la izquierda, antagónica y de oposición, dotando de esa manera al entonces fenómeno eurocomunista de una candente actualidad.

La formación y el desarrollo del proyecto eurocomunista eran consecuencia de la coyuntura de los setenta: los partidos comunistas de Europa occidental se vieron obligados a desprenderse del leninismo y de su retórica por miedo a verse reducidos a grupos o sectas testimoniales de una utopía irrealizable. Los líderes eurocomunistas pensaban que con la vieja carga dogmática se reducían sus posibilidades de penetración en los países cultural y económicamente desarrollados. Por eso se consideró la aparición del eurocomunismo como un ejercicio de “*realpolitik*”: se proponía ofrecer otro modelo, la imagen de un socialismo que hiciera visibles otras posibilidades, ser expresión de la “conflictividad latente” que el bloque soviético, como sostenía Claudín, negaba y sofocaba. Proponía la creación de una sociedad que caminase hacia la superación de la enajenación de la economía y la política. No obstante, se trató de un proyecto ambicioso, pero incompleto y, por esto, fue tachado de “invención gratuita”, de moda efímera. El eurocomunismo se presentaba como el resultado del movimiento crítico y autocrítico de la práctica política y del pensamiento teórico de los partidos comunistas de los países de Europa meridional.

³⁴ En palabras del político Joan Raventós, “el eurocomunismo cae en barrena no sólo en Catalunya y en España, sino también en Italia y Francia, como consecuencia de la crisis económica mundial”. *Hoja del Lunes*, Barcelona, (05-I-1981).

Por otra parte, no se trató en realidad de un “fenómeno nuevo sino más bien de la condensación de las tendencias evolucionistas que se venían dando en esos partidos en años anteriores”³⁵. En la misma línea, en aquellos años, se suponía que “los partidos ‘eurocomunistas’ son, en cierta medida, producto de su pasado, y desde este punto de vista su historia enraíza en la larga crisis del movimiento comunista internacional”³⁶.

El eurocomunismo fue la expresión de la confianza real en torno a la posibilidad de alcanzar el socialismo en los países de Europa occidental: un socialismo, diferente al soviético o al chino, íntimamente ligado a la democracia. Fue la expresión de un entusiasmo generalizado con la posibilidad de alcanzar un socialismo cualitativamente superior en Italia, Francia y España, un socialismo democrático y pluralista. Fue la expresión de una vocación, casi onírica e irracional, de poder realizar en el mundo capitalista la mejor versión socialista, deseando construir una “sociedad utópica”, donde el socialismo encontrase su pleno desarrollo y su máxima virtud.

Finalmente, dar una definición del eurocomunismo no representa una tarea fácil: sus potencialidades y el interés suscitado en torno al fenómeno fueron mayores que la realidad misma. Como hemos visto, se elaboraron muchas definiciones para describir este nuevo fenómeno: según mi opinión, la mejor definición de este ambicioso proyecto se puede encontrar en la Declaración Conjunta del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista Italiano, firmada en Roma el 15 de noviembre de 1975. En el texto, se indica cómo según los comunistas franceses e italianos “el camino hacia el socialismo y la construcción de la sociedad socialista que ellos proponen en sus países, deben realizarse dentro del marco de una democratización de la vida económica, social y política. El socialismo representará una forma superior de democracia y de libertad: la democracia realizada del modo más completo. Dentro de este espíritu, todas las libertades, tanto si son frutos de las grandes revoluciones democrático-burguesas, como de las grandes luchas populares de este siglo, que han tenido a la cabeza la clase obrera, deberán garantizarse y desarrollarse”³⁷. En pocas palabras, el eurocomunismo parecía animado por el sueño de conjugar democracia y socialismo.

¿Fue estrategia o táctica? ¿Mito o realidad?

Las dificultades al referirse a este fenómeno, la complejidad de su desarrollo, las pocas cumbres protagonizadas por los Secretarios de los Partidos Comunistas italiano, español y francés, junto con la actitud contradictoria de sus protagonistas, provocaron que el eurocomunismo tuviera una vida accidentada, marcada

³⁵ SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, J.: “Teoría y práctica democrática en el PCE, 1956-1982”, p. 340.

³⁶ LOIZU, M. y VILANOVA, P.: *¿Qué es el Eurocomunismo?*, Barcelona, Avance, 1977, p. 5.

³⁷ VALLI, B.: *Los eurocomunistas*, Barcelona, Dopesa, 1977, pág. 236-238.

por algunos méritos y, mayoritariamente, desaciertos y errores de cálculo: en lugar de hacer del comunismo algo menos rechazable y más atractivo para los ciudadanos de Europa occidental, el eurocomunismo terminó por presentar una versión del marxismo “neutra”, demasiado blanda e incapaz de seducir plenamente al electorado. La promoción de una ideología marxista y revolucionaria, sin revolución y con poco marxismo, no convenció a la militancia, más bien la confundió. A mediados de los años setenta, los analistas políticos y los expertos ya consideraban que los eurocomunistas estaban “empeñados en una aventura confusa, más que un plan subversivo, de la que el más probable fin sea la escisión de sus partidos. Lejos de que los comunistas hagan naufragar a la democracia, será la nave leninista la que se irá a pique sobre los arrecifes de la democracia parlamentaria”³⁸.

Muchas preguntas rodean el tema: ¿qué fue realmente el eurocomunismo? ¿Se trató de una estrategia política o de una táctica electoral? ¿Fue un mito carente de posibilidades o una amarga realidad? Y aunque resulta difícil responder a todas estas preguntas, es evidente que en la década de los setenta el eurocomunismo generó la esperanza de que pudiera constituir un fermento revolucionario nuevo e incluso algo más, un elemento de desestabilización de las relaciones sociales y del *statu quo* socio-político de un mundo bipolar, dominado por las relaciones Estados Unidos-URSS. “En países como Italia, Francia o España, (...) parecía representar, a los ojos de las masas, una estrategia política global digna de crédito (...). Lo que seducía [era la posibilidad de] liberarse de la situación de bloqueo político que duraba desde hacía años”³⁹. Por eso, en aquellos años, el eurocomunismo fue un tema muy presente aunque, más que de las acciones conjuntas o de las cumbres de los partidos comunistas de Italia, Francia y España⁴⁰, se habló de la resonancia del fenómeno, siendo objeto de artículos, libros, ensayos: “la abundancia, en detrimento de la calidad, de esta producción fue casi inversamente proporcional a la efímera existencia del fenómeno que facilitó la materia”⁴¹.

Es indudable que el eurocomunismo representó un paso adelante en el proceso de cuestionamiento de la URSS, en el abandono del “*credo quia absurdum*”

³⁸ Traducción realizada del inglés por el autor del artículo. MCINNES, N.: *The Communist Parties of Western- Europe*, London, Oxford University Press, 1975.

³⁹ MANDEL, E.: *Crítica del eurocomunismo*, p. 56-57.

⁴⁰ La única cumbre en la que participaron los tres Partidos Comunistas se celebró en Madrid, en el Hotel Meliá Castilla en los días 2 y 3 de marzo de 1977. La declaración final resultó muy prudente y poco novedosa, tanto que resulta difícil considerar Madrid como la Asamblea constituyente del eurocomunismo: los tres partidos se limitaron a una simple reafirmación de su deseo de construir una sociedad socialista por vías democráticas, así como a mostrar todo su apoyo y solidaridad al PCE, cuestión que constituyó, en realidad, el único tema esencial y novedoso de esta cumbre.

⁴¹ LAZAR, M.: “El eurocomunismo, objeto de historia”, *Historia del Presente*, nº. 18, II/(2011), Eneida, p. 59.

(creo porque es absurdo). No obstante, se quedó como intento a medias entre la ruptura y la transición, atrapado en una compleja dialéctica entre discordia y reforma. Por lo tanto, podemos afirmar que fue una estrategia, una intuición, una esperanza, pero nunca se convirtió en una política cumplida o practicada.

Aunque resultó oportuno que los partidos comunistas presentasen nuevas tácticas, parecía necesaria una política más clara y atenta a las exigencias de la ciudadanía. Se trataba de presentar un proyecto que no estuviera demasiado condicionado por el afán de alcanzar el poder, tan preocupado por desprenderse de las “antiguas cargas ideológicas” e interesado sobre todo por las posibles consecuencias interna de una estrategia conjunta. De hecho, más que elaborar una política común, cada uno de los partidos participantes se centró sobre todo en su respectiva política nacional, buscando la manera para alcanzar el poder. A pesar de las “buenas intenciones”, los tres partidos eurocomunistas dieron la impresión de que nunca existió verdaderamente “una organización eurocomunista, una estrategia eurocomunista, ni incluso, una táctica eurocomunista. La cumbre eurocomunista de Madrid⁴² lo mostró bien claro, no habiendo osado hacer figurar, en su declaración final, la palabra eurocomunismo. Es verdad que los tres jefes de partidos oficialmente reunidos para dar apoyo al PCE español, entonces todavía prohibido, hablaron de él en sus conferencias de prensa, pero resaltando su rechazo a sustituir un centro mundial del comunismo por otro regional. Lo que ocurrió es que, más que un eurocomunismo, hay un italo-comunismo (el pionero), un franco-comunismo y un hispano-comunismo, y la realidad que cubre todos estos signos es bastantes diferente. Georges Marchais y Santiago Carrillo están, en muchas cosas, más apartado uno de otro de lo que están los comunistas franceses de los comunistas soviéticos”⁴³. El eurocomunismo “representa una estrategia de poder entablada por unos PPCC que, en el caso del francés y el italiano quieren salir de la oposición a la que han quedado relegados desde 1947, y en el caso del PCE busca un papel preeminente en la Transición. El punto común de estos PPCC, en los años setenta, consiste en la intención de usar el eurocomunismo para resolver los grandes dilemas, algo paralizadores, de los principales PPCC de la Europa occidental (...). Con el eurocomunismo los PPCC intentan diseñar unas estrategias eficaces, incluso creíbles, de conquista del poder, que cada partido desarrolla de manera diferente”⁴⁴.

⁴² La Cumbre, seguida por una rueda de prensa, generó gran expectativa y despertó tanto interés que atrajo a la capital de España a más de doscientos periodistas extranjeros (incluso procedentes de Japón) y a todas las redes de televisión europea para cubrir el acto.

⁴³ CANETTI, C.: “¿Eurocomunismo, un tercer cisma?”, *Diario de Noticias* (5-VII-1977), en *Eurocomunismo y Estado. Dossier sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética “Tiempos nuevos”, Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial de Madrid del P.C.E., Madrid, Editorial Crítica, 1977, pág. 108.*

⁴⁴ LAZAR, M.: “El eurocomunismo, objeto de historia”, pp. 62-63.

La diferencia de objetivos hizo que fuera imposible la elaboración de una estrategia eficaz común que hubiera podido paliar, al menos en parte, su preferencia por la política nacional, “su nacionalización”. La falta de un planteamiento teórico concreto y explícito sobre esta nueva versión de ideas resultó condicionado por el hecho que los partidos comunistas de estos tres países eran cautivos de su política interna, mostrando de forma evidente su preferencia por consolidarse internamente más que por proponer una estrategia internacional conjunta. “Como una prueba más de la inexistencia de un solo movimiento unitario que se desarrollará en tres países, cada partido dejó apagarse la llama del eurocomunismo en el momento que le pareció más oportuno, quizás notando que el comunismo, aquel barco en el que todos cupieron tiempo atrás, el verdadero punto común, naufragaba sin rumbo”⁴⁵.

El eurocomunismo resultó incapaz de *crystalizar* una estrategia regional de conquista del poder, ya que más que por la creación de un sistema comunista internacional, estos partidos estaban preocupados por su situación nacional, interna: “a partir del momento en que cada partido comunista nacional decide ocuparse de los asuntos de su propio país con una prioridad y determinación que están en función de la situación de éste, en ese momento la situación italiana, la situación francesa y la situación española son tan diferentes que no tienen ningún elemento común”⁴⁶. Su deseo de “encontrar un camino alternativo” acababa “convirtiéndose en academicismo o mimesis, sin llegar a cristalizar en una concepción o práctica originales”⁴⁷.

Los más optimistas consideraron el eurocomunismo como un *working in progress*, una “transición en marcha”, una evolución a través de un camino accidentado, entre dudas y preocupaciones, entre contradicciones y deseos de progresar, con zig-zag y marchas atrás, en el marco de un camino que se presentaba complejo, lleno de potencialidades oscuras e imprevisibles.

Los eurocomunistas pretendían haber “elaborado una posición ‘marxista’ adecuada a los imperativos históricos de las naciones en las que actuaban. Desde una renovación creadora del marxismo, para hacer explícita esta posición en cada una de las intrincadas cuestiones que la práctica diaria plantea, [anhelaban a constituir] una alternativa válida frente al ‘modelo soviético’, que de seguir empeñándose en aplicarlo a la Europa de hoy significaría permanecer encerrados en un *ghetto* sectario sin posibilidad de incidir sobre la sociedad en la que se enquistan, como frente al reformismo socialdemócrata, que no es en el fondo más que una forma de per-

⁴⁵ SÁNCHEZ MILLAS, M. del P.: “Eurocomunismo, ¿estrategia conjunta o coincidente mecanismo para tres consolidaciones internas diferentes?”, *Actas del I Congreso sobre la Historia del PCE. 1920-1977*, FIM, Madrid, 2004, pág. 397.

⁴⁶ Según palabras de Michel Rocard transcritas por KRIEGLER, A.: *¿Un comunismo diferente?*, Madrid, Ediciones Rialp, S.A., 1979, pág. 95.

⁴⁷ DÍEZ DEL CORRAL, F.: *Liberación o barbarie*, p. 162.

petuar el capitalismo, administrándolo con más inteligencia que muchos partidos burgueses al llevar a cabo los remedios imprescindibles para que siga que flote”⁴⁸.

En sus últimos momentos, el eurocomunismo parecía influenciado por la obsesión electoralista de los partidos que lo componían, afectado por el afán de alcanzar el poder, carente de valor ideológico. Se convirtió en algo más propagandístico y superficial que real y teórico. Se intentaba reducir el debate y las polémicas en torno al tema por el temor a un nuevo retroceso electoral, a una reducción de votantes: se convirtió más bien en una táctica para alcanzar el poder, evitando profundizar en cuestiones fundamentales, mostrando su debilidad a la hora de postularse como actor independiente (de Moscú) y capaz de promover el cambio: “debían aparecer no sólo como partidos autónomos, sino también como promotores de una comunismo ‘diferente’, capaz de impulsar el camino hacia el socialismo que no incurriese en deformaciones totalitarias y que se desarrollase respetando las reglas de la democracia liberal”⁴⁹.

Los eurocomunistas eran conscientes del peligro de ser “absorbidos” o corrompidos por el sistema, aplastados o asumidos por otras opciones políticas existentes: y, como consecuencia de este temor, dieron la impresión de carecer del coraje suficiente para tomar decisiones políticas de envergadura. En el momento en que se encontraron ante el célebre dilema de proceder a profundas correcciones en su línea ideológica y política o desaparecer políticamente, les faltó determinación para aplicar los cambios necesarios para sobrevivir e hicieron que se produjera el segundo escenario. En el momento en que era necesario un acto de audacia —como la profundización de los cambios y/o la separación de la URSS—, cuando todo apuntaba a que era necesario “llevar su desarrollo hasta sus últimas consecuencias”, los partidos comunistas sufrieron una involución, prefiriendo abandonar el camino recorrido, prefiriendo regresar a la matriz estalinista y antidemocrática o bien acercándose a la socialdemocracia.

El *impasse* en el bloque soviético y la respuesta insatisfactoria de la socialdemocracia hizo que se crease tanta expectativa en torno al fenómeno, ya que los dos modelos parecían incapaces de construir una sociedad socialista. Su desaparición y arrinconamiento en el cajón de la historia fue muy rápido, tanto que algunos la tacharon de “experiencia del desencanto”, y en parte fue debido a la coyuntura desfavorable (crisis económica y mayor tensión oeste-este) y el crecimiento de la derecha a escala mundial a finales de los años setenta.

Para la elaboración de un proyecto político creíble hacía falta ir más allá de una convergencia discontinua, de proponer una “estrategia regional unificada”,

⁴⁸ SOTELO, I.: *El socialismo democrático*, p. 91.

⁴⁹ TREGLIA, E.: “Las vías eurocomunistas. Introducción”, *Historia del Presente*, nº. 18, II/(2011), Eneida, p. 5.

mostrando, públicamente, no un estilo común, sino una política común. Pero esta unidad no existió y “el grupo de los tres, en cada serie de problemas, se divide en proporción de dos a uno según los tres posibles casos”: los PC francés e italiano frente al español, por ejemplo sobre la cuestión de la vida interna de los partidos y del movimiento comunista; los PC italiano y español por un lado y el PC francés por otro, en todas las cuestiones de política internacional (OTAN, Comunidad Económica Europea, Comunidad Europea de Defensa...), donde, quizás, se ponía mayormente de manifiesto este desacuerdo; el PC italiano frente al PC español y francés sobre la aceptación de Berlinguer de la estrategia interna promovida por la Democracia Cristiana y de la política de austeridad para “salvar la crisis”⁵⁰, proponiendo a los trabajadores unos sacrificios y privaciones (casi franciscanos) para el bien del país, mientras Carrillo y Marchais postulan una “lucha” para no pagar las consecuencias de la crisis.

Los partidos eurocomunistas dieron marcha atrás y pasos adelante, restablecieron algunos puntos de la ortodoxia compartida y propusieron nuevos elementos de reflexión; mostrando, en su estrategia y táctica, la presencia de vacilaciones y titubeos junto con decisiones firmes y avances concretos. Sin embargo, como bien apunta el politólogo estadounidense Zbigniew Brzezinski, el resultado de todo eso fue que en el eurocomunismo, “la doctrina comunista no sólo se diluyó, sino que se fragmentó cada vez más, tanto en la teoría como en la práctica. La praxis comunista se hundía más y más en el pasado, dando paso a un pragmatismo basado en la centralidad de las condiciones nacionales diversas y específicas. Lo que antaño era considerado universal, era dominado de día en día por lo particular”⁵¹.

Además, los partidos eurocomunistas parecieron incapaces de entender que los militantes *pedían* al partido un papel mayor en las decisiones tácticas, pretendían más participación en la elaboración de la política: en fin, requerían instrumentos de acción nueva y no sólo una nueva estrategia, una “aprobación del eurocomunismo, pero deseo de que se plasmase, no sólo en frases políticas, sino en una renovación del partido, de sus métodos, incluso de sus hombres cuando estos no respondían a las nuevas necesidades”⁵². Aparecían nuevos actores, nuevas ideas: no podía seguir proponiendo un partido tradicional, “fuertemente centralizado y disciplinado”, mientras se defendía el pluralismo ideológico. Hacía falta una nueva concepción del partido, más allá de las circunstancias electorales, capaz de movilizar un electorado desorientado pero deseoso de cambios. Para hacer

⁵⁰ La palabra “austeridad” apareció en el plan de salvamento de la economía italiana promovido por el partido comunista italiano el 15 de enero de 1977, aunque Berlinguer se preocupó de matizar que para el PCI, esta palabra significaba “justicia, seriedad, eficacia y rigor”.

⁵¹ BRZEZINSKI, Z.: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Madrid, Maelva Lasser, 1989, pp. 200-201.

⁵² AZCÁRATE, M.: *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona, Ed. Argos Vergara, 1982, p. 182.

converger fuerzas diversas, plurales y con intereses diferentes, los partidos eurocomunistas tenían que presentar una estructura más flexible, “realmente” plural y democrática, un partido-movimiento con su identidad y esencia.

Sin embargo, el eurocomunismo no fue una *táctica* tras la cual esconder una sustancia inmutable y una inalterada relación con la Unión Soviética; tampoco fue simplemente un *proceso de social-democratización* de los partidos comunistas de Francia, España e Italia. Finalmente, el eurocomunismo tampoco fue un invento, un artificio, sino más bien el resultado de una incompleta e improductiva reflexión sobre cómo transformar la sociedad capitalista en un sentido socialista.

Conclusión

El objetivo de este artículo era reflexionar sobre el eurocomunismo, demostrando cómo la falta de una teoría concreta y unívocamente reconocida, la ambigüedad dialéctica de sus promotores, las escasas reuniones internacionales o la falta de un pensador original, dificultaron una definición clara y única del proyecto. Y al mismo tiempo, favorecieron la aparición de diferentes cuestiones sobre la naturaleza del mismo.

Cuando apareció el eurocomunismo, se tuvo la percepción de que se estaba gestando algo histórico dentro del comunismo, pero probablemente se le dio más importancia fuera del movimiento que dentro: “en realidad, la crónica del eurocomunismo se reduce a una serie de encuentros en las cumbres que se concentraron entre los años 1975 y 1977. No fue un espejismo pero sí una estrella fugaz en el firmamento político europeo”⁵³.

Tal y como se ha afirmado en la segunda parte del artículo, el eurocomunismo representó una tendencia de renovación interior del campo comunista, que fue configurándose trabajosamente a través de contradicciones muy fuertes, largos periodos de estancamiento y escasos resultados. A pesar de su gran objetivo, se convirtió en una simple propuesta ideológica a corto plazo, que no logró consolidar profundas repercusiones en la transformación de los movimientos comunistas.

El eurocomunismo vivió una breve temporada, tan rica en eco publicitario como escasa en efectos reales; con una buena dosis de pragmatismo, podría considerarse que se trató de una tendencia ideológica carente de perspectivas políticas concretas. Se puso de moda, contando con un impacto considerable en la opinión pública, en la prensa, en la radio y en la televisión.

En el caso del eurocomunismo, una de las dificultades mayores consiste en comprender, más allá del discurso político y de las buenas palabras, qué política

⁵³ ELORZA, A.: “El Eurocomunismo”, *Cuadernos del Mundo Actual*, volumen 84, Madrid, 1995, p. 27.

pretendían seguir. Era evidente que el discurso difería de la práctica política y necesitaba ser encuadrado en el marco general de la crisis de la izquierda. No es tarea fácil comprender una política que se limita a los discursos y carece de una estrategia política clara y de un plan económico detallado. Los eurocomunistas buscaban la construcción de alianzas llamada *concentración, compromiso histórico o reconciliación nacional* con el objetivo de contar con una mayoría suficiente que permitiese adoptar las medidas necesarias para seguir “el camino hacia el socialismo”. Pero, más allá de la aceptación democrática, resultaba bastante difícil comprender, en concreto, qué era el eurocomunismo.

Como se ha argumentado brevemente en este artículo, el fenómeno eurocomunista se constituyó en un proceso largo, tortuoso y poco homogéneo, en medio de la desconfianza general y de las críticas soviéticas. Debido a estas dificultades y a la incapacidad de los promotores de “ir más allá”, el eurocomunismo resultó un intento a medias, donde las diferencias y las desigualdades de intensidad perjudicaron a los resultados: las premisas esperanzadoras de una efectiva renovación del movimiento fueron frustradas, desembocando en escasos resultados prácticos. Los efectos tangibles fueron muy reducidos y el viento de cambio sopló poco y con poca intensidad.

Concluyendo, terminó por ser el canto del cisne preconizado por Claudín en su libro *Eurocomunismo y socialismo*⁵⁴, empujando a los partidos comunistas de Italia, España y Francia hacia una grave crisis, una crisis –incluso– de identidad que llevó a cuestionar la vida de estos mismos partidos. Una crisis dentro de la izquierda mundial que llevaba ya un tiempo de decadencia y que le hizo creer que el eurocomunismo podía representar la respuesta y la manera para salir de ella. Su fracaso agudizó esta crisis y generó un debate dentro de la izquierda mundial. Y después del eurocomunismo, ¿qué?

⁵⁴ CLAUDÍN, F.: *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1977, p. 180-181.